STAGEDBOOKS · EDICIÓN DE LECTURA

El buen ejemplo

Vicente Riva Palacio · 1896

El texto completo, tal como se representó. Con el reparto, el atlas y las notas del margen. Sin láminas.

DRAMATIS PERSONÆ

EL NARRADOR
que no lo vio, pero lo cree

DON LUCAS FORCIDA
maestro de escuela · muy bien querido

PERICO
el loro · su debilidad

UN MUCHACHO
de la escuela

LA BANDADA
loros del bosque

NOTA SOBRE EL TEXTO

Representado e impreso exactamente como se publicó en 1896, con la ortografía de la época. No alteramos las palabras del autor.

«El buen ejemplo», Cuentos del general, Madrid, 1896. Dominio público.

stagedBooks

The whole book. Staged.

The text of “El buen ejemplo” is in the public domain. This edition’s cast list, atlas and notes are © stagedBooks. Este ejemplar puede copiarse, imprimirse y regalarse libremente.

Producido por un humano que leyó el libro.
Con ayuda de computadoras, como todo hoy en día.

stagedbooks.com

Vicente Riva Palacio

Si yo afirmara que he visto lo que voy á referir, no faltaría, sin duda, persona que dijese que eso no era verdad; y tendría razón, que no lo vi, pero lo creo, porque me lo contó una señora anciana, refiriéndose á personas á quienes daba mucho crédito y que decían haberlo oído de quien llevaba amistad con un testigo fidedigno, y sobre tales bases de certidumbre bien puede darse fe á la siguiente narración:[12]

> **1 CUENTOS DEL GENERAL**
> *Vicente Riva Palacio — general de la Reforma, novelista, historiador, nieto de Vicente Guerrero — escribió estos cuentos siendo embajador en Madrid. Se publicaron allí en 1896, el año de su muerte.*

> **2 UN TESTIGO FIDEDIGNO**
> *La cadena de testigos es la broma: el cuento se avala a sí mismo.*

En la parte Sur de la República mexicana, y en las vertientes de la Sierra Madre, que van á perderse en las aguas del Pacífico, hay un pueblecito como son en lo general todos aquellos: casitas blancas cubiertas de encendidas tejas ó de brillantes hojas de palmera, que se refugian de los ardientes rayos del sol tropical á la fresca sombra que le prestan enhiestos cocoteros, copudos tamarindos y crujientes platanares y gigantescos cedros.[34]

> **3 LA SIERRA MADRE**
> *La Sierra Madre del Sur, cuyas vertientes bajan a la costa de Guerrero y Oaxaca. El pueblo no tiene nombre; no lo necesita.*

> **4 TEJAS Y HOJAS DE PALMERA**
> *Techos de teja de barro o de palapa — palma tejida — que aún cubren las casas de la costa.*

El agua en pequeños arroyuelos cruza retozando por todas las callejuelas, y ocultándose á veces entre macizos de flores y de verdura.

En ese pueblo había una escuela, y debe haberla todavía; pero entonces la gobernaba D. Lucas Forcida, personaje muy bien querido por todos los vecinos. Jamás faltaba á las horas de costumbre al cumplimiento de su pesada obligación. ¡Qué vocaciones de mártires necesitan los maestros de escuela de los pueblos!

En esa escuela, siguiendo tradicionales costumbres y uso general en aquellos tiempos, el estudio para los muchachos era una especie de orfeón, y en diferentes tonos, pero siempre con desesperante monotonía, en coro se estudiaban y en coro se cantaban lo mismo las letras y las sílabas que la doctrina cristiana ó la tabla de multiplicar.[56]

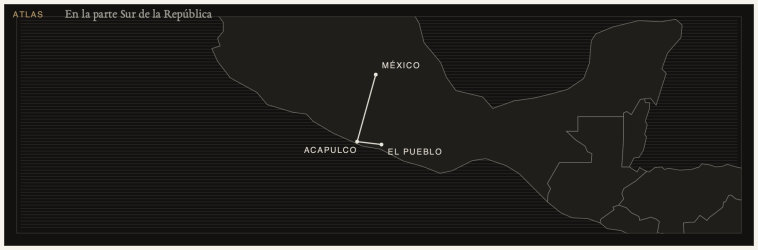
> **5 UN ORFEÓN**
> *Sociedad coral. En las escuelas de pueblo se estudiaba cantando: las letras, las sílabas y la doctrina, todos a coro y a gritos.*

> **6 LA DOCTRINA Y LA TABLA**
> *El catecismo del padre Ripalda y la tabla de multiplicar, cantados en el mismo tono.*

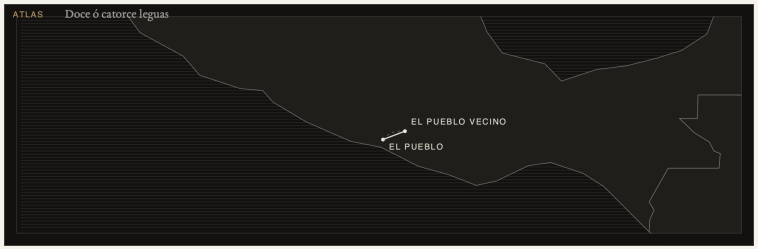
Don Lucas soportaba con heroica resignación aquella ópera diaria, y había veces que los chicos, entusiasmados, gritaban á cual más y mejor; y era de ver entonces la estupidez amoldando las facciones de la simpática y honrada cara de D. Lucas.

Daban las cinco de la tarde; los chicos salían escapados de la escuela, tirando pedradas, coleando perros y dando gritos y silbidos, pero ya fuera de las aguas jurisdiccionales de D. Lucas, que los miraba alejarse, como diría un novelista, trémulo de

ATLAS



En la parte Sur de la República



Doce ó catorce leguas

medida que avanzaba, aquellos cantos iban siendo más claros y más perceptibles; aquello era una escuela en medio del bosque desierto.

Detúvose asombrado y temeroso, cuando de los árboles cercanos se desprendió, tomando vuelo, una bandada de loros que iban cantando acompasadamente ba, be, bi, bo, bu; la, le, li, lo, lu; y tras ellos, volando majestuosamente, un loro que, al pasar cerca del espantado maestro, volvió la cabeza, diciéndole alegremente:[15]

15 BA, BE, BI, BO, BU
El silabario: así se aprendía a leer, sílaba por sílaba, cantando. El Silabario de San Miguel fue el libro de escuela de medio siglo.

«Don Lucas, ya tengo escuela.»

satisfacción.[78]

7 COLEANDO PERROS
Agarrándolos de la cola.

8 AGUAS JURISDICCIONALES
El mar territorial de un país. Broma de general: los chicos, fuera del alcance del maestro, están en aguas internacionales.

Entonces D. Lucas se pertenecía á sí mismo: sacaba á la calle una gran butaca de mimbre; un criadito le traía una taza de chocolate acompañada de una gran torta de pan, y D. Lucas, disfrutando del fresco de la tarde y recibiendo en su calva frente el vientecillo perfumado que llegaba de los bosques, como para consolar á los vecinos de las fatigas del día, comenzaba á despachar su modesta merienda, partiéndola cariñosamente con su loro.[9]

9 CHOCOLATE Y TORTA DE PAN
La merienda de las cinco. El chocolate se bebía en México desde antes de los españoles; la torta, un pan redondo, se remojaba en él.

Porque D. Lucas tenía un loro que era, como se dice hoy, su debilidad, y que estaba siempre en una percha á la puerta de la escuela, á respetable altura para escapar de los muchachos, y al abrigo del sol por un pequeño cobertizo de hojas de palma. Aquel loro y D. Lucas se entendían perfectamente. Raras veces mezclaba sus palabras, más ó menos bien aprendidas, con los cantos de los chicos, ni aumentaba la algazara con los gritos estridentes y desentonados que había aprendido en el hogar materno.[10]

10 PERICO
Nombre común de cualquier loro en México. Los de la costa del Pacífico — el loro corona lila, el cabeza amarilla — aprenden a hablar con facilidad.

Pero cuando la escuela quedaba desierta y D. Lucas salía á tomar su chocolate, entonces aquellos dos amigos daban expansión libre á todos sus afectos. El loro recorría la percha de arriba abajo, diciendo cuanto sabía y cuanto no sabía; restregaba con satisfacción su pico en ella, y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas.

Y esto pasaba todas las tardes.

Transcurrieron así varios años, y don Lucas llegó á tener tal confianza de su querido Perico, como le llamaban los muchachos, que ni le cortaba las alas ni cuidaba de ponerle calza.[11]

11 CALZA
Un cordel o argolla en la pata, para que no vuele.

Una mañana, serían como las diez, uno de los chicos, que casualmente estaba fuera de la escuela, gritó espantado: «Señor maestro, que se vuela Perico.» Oir esto y lanzarse en precipitado tumulto á la puerta maestro y discípulos, fué todo uno; y, en efecto, á lo lejos, como un grano de esmalte verde herido por los rayos del sol, se veía al ingrato esforzando su vuelo para ganar cuanto antes refugio en el cercano bosque.

Como toda persecución era imposible, porque ni aun teniendo la filiación del prófugo podría habérsele distinguido entre la multitud de loros que pueblan aquellos bosques, D. Lucas, lanzando de lo hondo de su pecho un «sea por Dios», volvió á ocupar su asiento, y las tareas escolares continuaron como si no acabara de pasar aquel terrible acontecimiento.[12]

12 SEA POR DIOS
Hágase la voluntad de Dios: la resignación en dos palabras.

Transcurrieron varios meses, y D. Lucas, que había echado al olvido la ingratitud de Perico, tuvo necesidad de emprender un viaje á uno de los pueblos circunvecinos, aprovechando unas vacaciones.

Muy de madrugada ensilló su caballo, tomó un ligero desayuno y salió del pueblo, despidiéndose muy cortésmente de los pocos vecinos que por las calles encontraba.

En aquel país, pueblos cercanos son aquellos que sólo están separados por una distancia de doce ó catorce leguas, y D. Lucas necesitaba caminar la mayor parte del día.[13]

13 DOCE Ó CATORCE LEGUAS
La legua mexicana medía unos 4,2 kilómetros: cincuenta o sesenta kilómetros, un día entero a caballo.

Eran las dos de la tarde; el sol derramaba torrentes de fuego; ni el viento más ligero agitaba los penachos de las palmas que se dibujaban sobre un cielo azul con la inmovilidad de un árbol de hierro. Los pájaros enmudecían ocultos entre el follaje, y sólo las cigarras cantaban tenazmente en medio de aquel terrible silencio á la mitad del día.[14]

14 LAS CIGARRAS
Las chicharras: el único sonido del mediodía en tierra caliente.

El caballo de D. Lucas avanzaba, haciendo sonar el acompasado golpeo de sus pisadas con la monotonía del volante de un reloj.

Repentinamente D. Lucas creyó oir á lo lejos el canto de los niños de la escuela cuando estudiaban las letras y las sílabas.

Al principio aquello le pareció una alucinación producida por el calor, como esas músicas y esas campanadas que en el primer instante creen oir los que sufren un vértigo; pero, á